

PARA NO ENVEJECER

¿Sabes, oh mi adorada y hermosa compañera,
que dura ya diez años nuestro constante amor,
y que ésta, de la vida, triste ó feliz carrera,
seguirla no podría, si el peso no sintiera
del brazo con que buscas mi brazo protector?

Tu indefinible encanto; dulce tirana mía,
por siempre á tus antojos esclavizó mi ser,
desde aquel venturoso é inolvidable día
en que nuestras sonrisas de amor y de alegría
uniéronse en un beso de arrobador placer.

Aunque anhelaba ansioso la dicha que poseo,
efimero ser pudo su goce embriagador;
caprichos momentáneos siembra el fugaz deseo;
más ¡ay!, ¡cuán pocas veces del loco devaneo
brotó la flor perpetua del verdadero amor!

Sabíamos cuán fácil surge el ingrato olvido;
los rápidos adioses los conocimos bien.
«Por siempre,» para mí era vocablo sin sentido;
«Este amor tan dichoso, tan bien correspondido,
acabará mañana,» pensabas tú también.

En nuestros corazones ardieron otras llamas;
pero un fuego más vivo purificólos ya.
Es nuestro amor cual nido de pájaro en las ramas:
de míseros despojos, que unieron nuevas tramas,
de pluma suelta y pajas marchitas, hecho está.

Con atención continua, con cariñoso anhelo,
sobre él velamos siempre solícitos tú y yo.
Pero en los días tristes, cuando se nubla el cielo,
pienso, con silencioso y amargo desconsuelo,
que demasiado aquesta felicidad tardó.

Bien lo ves: envejezco, mi amor. Por la pendiente
que al borde de la fosa nos lleva lentamente,
con pie cansado y débil voy resbalando ya.

Mira: el sañudo invierno, sobre mi mustia frente
vertió un copo de nieve, que no se deshará.

Y tú, la siempre hermosa, que embargas mis sentidos,
ya no eres niña tierna, ni pimpollito en flor.
Desde que en red de amores fuimos los dos prendidos,
pasaron ya diez años, diez años bien cumplidos;
cuéntalos con los dedos, y lo verás mejor.

Mas si pasión constante nos da goces supremos
si tan felices somos, ¿qué importa envejecer?
El uno para el otro, ser jóvenes podemos,
y alcanzar de la dicha los límites supremos,
amándonos mañana más y mejor que ayer.

¿Ves esos dos esposos, decréptos amantes,
risueños, mudo el labio, tranquilo el corazón?
No se separan nunca. Contempla sus semblantes
y observarás en ellos facciones semejantes:
á fuerza de estar juntos, ya casi iguales son.

Cual ellos, descendamos también, prenda querida,
la rápida corriente que nunca vuelve atrás;
no nos separen nunca los trances de la vida;
y así, aunque envejezcamos, pareja siempre unida,
ni yo podré notarlo, ni tú lo notarás.

De nuestro fiel cariño será la merced ésta.
Como lozanas flores de sempiterno abril,
en las almas constantes amor se manifiesta;
sonrisas juveniles al labio helado presta,
y á los cansados ojos viveza juvenil.

La pasión, en las almas de las que ué señora,
guarda en el fondo siempre la chispa abrasadora,
cual ascua aún encendida del apagado hogar;
y la costumbre, buena y honrada servidora,
nunca, entre las cenizas, la dejará apagar.

Últimas golondrinas de nuestras primaveras
serán ¡ay! los recuerdos de una época mejor;
y á la vejez odiosa pondrémosle barreras,
queriéndonos por siempre, queriéndonos de veras,
¡oh vida de mi vida!, ¡oh reina de mi amor!

REGRESO

¡Oh, sí!, te idolatro..., pero
no más paseos por hoy.
La clara noche de Junio
sus lumbreras encendió;
la blanca luna ilumina
con su pálido fulgor
el campanario del pueblo
que nos hospeda á los dos;
y nos aguardan las mozas
del rústico parador
extendiendo limpias sábanas
en el vetusto camón.
Para besar tus cabellos,

hebras en que preso estoy,
reclina en el hombro mío
tu cabecita, mi amor,
y el brazo á mi cuello tiende
por completar la prisión.
Así, en la dormida aldea
entraremos sin temor;
y como al campo pensamos
volver cuando salga el sol,
dejaremos entornadas
las ventanas del balcón,
para despertar gozosos
al canto del ruiseñor.

MINUTO SENTIMENTAL

Yo prefiero el amor á la hermosura,
me place veces mil, niña adorada,
más que tu boca, tu sonrisa pura,
y más que tus pupilas, tu mirada.

Para todos son bellos y brillantes,
como granada en flor, tus labios rojos;
para todos, serenos, deslumbrantes,
y azules como el cielo, son tus ojos.

Pero sólo por mí, tú me lo juras,
arden, relampaguean y se engríen;
sólo por mí, con intimas ternuras,
tus labios se despliegan y sonrien.

Antes de ser mi dulce amor, has sido
para otros muchos, de beldad portento;
pero sólo por mí te ha embellecido
con suprema hermosura el sentimiento.

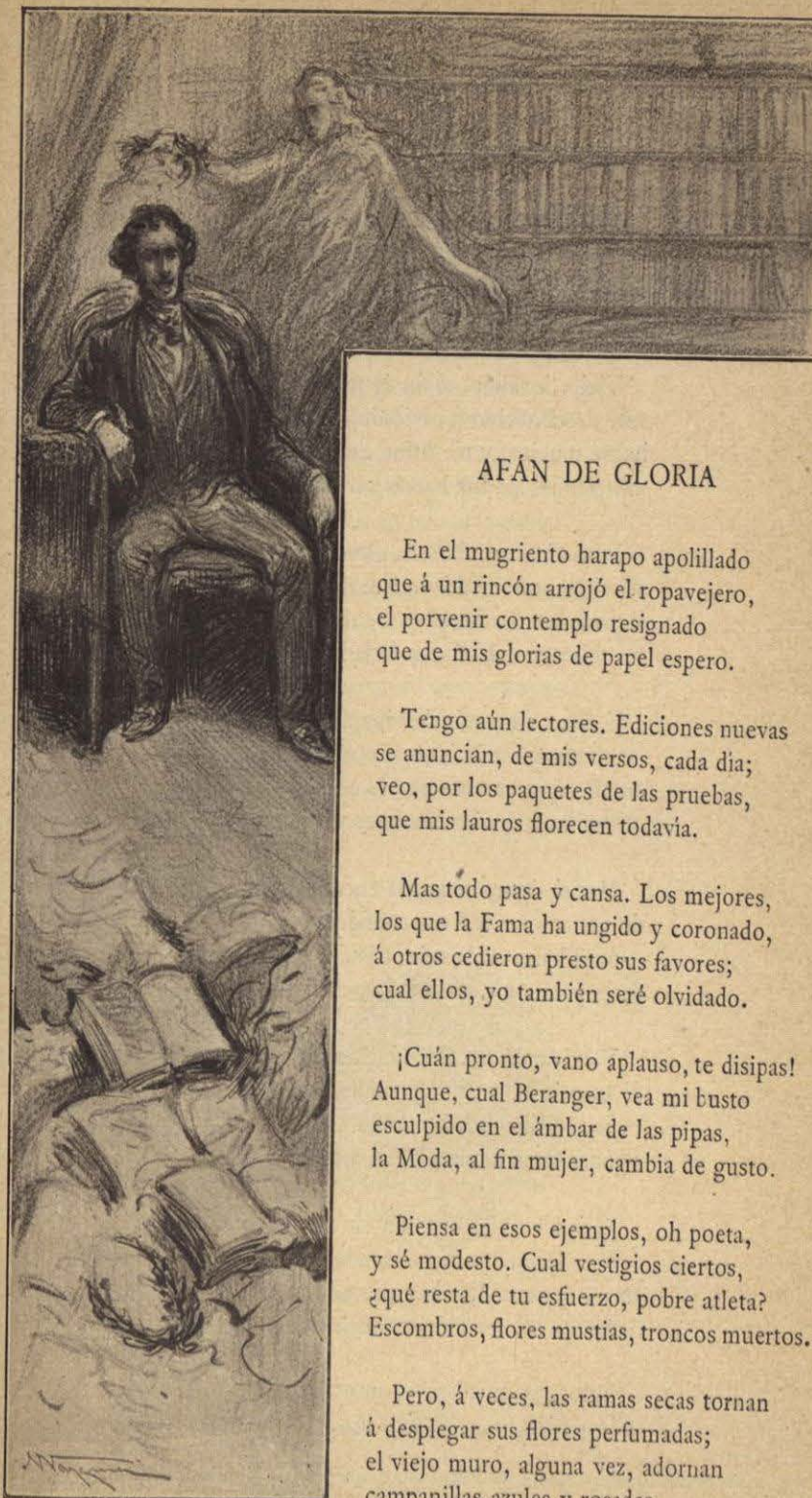
AL PASO DEL TREN

Párase el tren: es la estación de Sevres.
Tranquilo en mi vagón, entre los labios
el cigarrillo, miro afuera, y veo
junto á la puerta rústica, que paso
da al andén, tres hermanas casi iguales;
igual cabello tras la oreja echado,
igual sombrero con las mismas flores,
idénticos vestidos de verano,
y el mismo aspecto de alegría franca
y natural candor. Brilla el relámpago
del júbilo en su rostro; charlan, rien,
y las tres, la sombrilla enarbolando,
saludan á su padre, un señor grueso,
con pobladas patillas, ya entrecano,
que se apea del tren, lleno de polvo,
con cinco ó seis paquetes bajo el brazo.
Le da al guardabarrera su billete,
y recibe amoroso los halagos
de sus hijas, que le hacen mil preguntas,
librándolo de cajas y de fardos
con solícito afán. En las mayores
se apoya, y marcha satisfecho, ufano,
diciendo en su interior: «Todo esto es mío.»

Silba el tren, se estremece, y parte rápido.
Y yo, siguiendo mi camino, pienso:
¡Gente buena y pacífica! En el campo,
en una de esas quintas feliz vive.
El padre es comerciante acomodado.
Pasan aquí seis meses. Están ahora
los previsores cónyuges pensando
que á la niña mayor le llegó el tiempo
de buscarle acomodo. ¡Y fuera acaso
la dicha para mí, si ellos quisieran!
Yo, todos los domingos, en verano
vendría á verles en el tren. Saldrían
á la estación. Saludos, agasajos,
regocijo cordial; puesta la mesa
para el almuerzo sobre el césped blando

en el jardín. Entramos en la quinta;
 un sombrero de paja, que allí guardo,
 me pongo, y una blusa. Mientras trae
 el melón la doncella, y el canasto
 de las botellas mi futuro suegro,
 hacia la huerta y los parrales vamos
 los novios y las bellas hermanitas,
 que nos hacen sufrir de vez en cuando
 malignas pullas. Cada cual, con tiento,
 lleva, de blanca loza, enorme plato
 que ornan flores azules, y lo llena
 de fruta sazónada y verdes pámpanos.

¡Ese ensueño feliz, cuán asequible,
 cuán fácil es! Quizás, para lograrlo,
 apearse del tren bastante fuera.
 Pero, no, ¡no! Cuando concibo y trazo
 ese idilio burgués, la mejor parte
 para mí he recogido. Innecesario
 es todo lo demás; á ello renuncio.
 ¿Interrumpir mi viaje? ¡Ni pensarlo!
 Más que la posesión vale el deseo;
 loco soy, si prosigo acariciando
 fugitiva ilusión, que arde y se apaga
 como este cigarrillo entre mis labios.



AFÁN DE GLORIA

En el mugriento harapo apolillado
 que á un rincón arrojó el ropavejero,
 el porvenir contemplo resignado
 que de mis glorias de papel espero.

Tengo aún lectores. Ediciones nuevas
 se anuncian, de mis versos, cada día;
 veo, por los paquetes de las pruebas,
 que mis lauros florecen todavía.

Mas todo pasa y cansa. Los mejores,
 los que la Fama ha ungido y coronado,
 á otros cedieron presto sus favores;
 cual ellos, yo también seré olvidado.

¡Cuán pronto, vano aplauso, te disipas!
 Aunque, cual Beranger, vea mi busto
 esculpido en el ámbar de las pipas,
 la Moda, al fin mujer, cambia de gusto.

Piensa en esos ejemplos, oh poeta,
 y sé modesto. Cual vestigios ciertos,
 ¿qué resta de tu esfuerzo, pobre atleta?
 Escombros, flores mustias, troncos muertos.

Pero, á veces, las ramas secas tornan
 á desplegar sus flores perfumadas;
 el viejo muro, alguna vez, adornan
 campanillas azules y rosadas.

Y un soneto, un idilio, una elegía,
una canción salvada del olvido,
en el montón de alguna Antología
conservan su esplendor descolorido.

¡Oh Dios, si de mis versos voladores
algunos sobreviven cuando muera,
sean de aquestas páginas de amores
escritas para ti, niña hechicera!

Viejo, inválido, al fin de mi jornada,
vate desconocido ú olvidado,
habré muerto, y tú, firme camarada,
mis pupilas sin luz habrás cerrado.

Pero aún recordarás la gloria mía,
su triste ocaso y mi supremo trance,
si pasas por los Muelles (1) algún día,
y á miles ves allí libros de lance.

Y entre ellos mis delirios de poeta,
las rimas que mis éxtasis resumen,
en un cajón que muestre la etiqueta:
«Gran barato; diez céntimos volumen.»

Mas si alguna mozuela encaprichada
de sus amores te hace confidente
—pues hasta en la vejez triste y cansada
serás para estas cosas indulgente,—

Y avivando el calor adormecido
de tu pasión, un tiempo delirante,
recita melancólica á tu oído
algún poema de tu antiguo amante;

El único quizá que aún en el mundo
vive y alienta, y cuyos blandos sonos
ama la juventud, y eco profundo
hallan en los sensibles corazones,

Entonces, tu aficción amortiguando,
feliz me juzgarás, oh vida mía,

(1) Todos los que han estado en París saben que en los Muelles del Sena, á la parte del Barrio Latino, instalan al aire libre sus puestos de venta los traficantes.

pues repiten mis versos suspirando
los amorosos labios todavía.

Esos versos tendrán doble victoria
al conseguir tan dulces embelesos,
si conservan aún algo de mi gloria,
ellos, que tú premiaste con tus besos.

Empañando las gafas con tu lloro,
recordarás cuando, á tus pies sentado,
los recitaba, y les hacían coro
las aves en el bosque enmarañado.

Cuando halagabas con tu suave diestra
mi cerviz, que en la falda recibías...
¡Qué dulce entonces fué la dicha nuestra!
¡Qué hermosas para ti mis poesías!

Oiganlas todos con igual encanto;
ciñame el porvenir lauros triunfales;
y sólo por haberte amado tanto
sean mis pobres versos inmortales!

